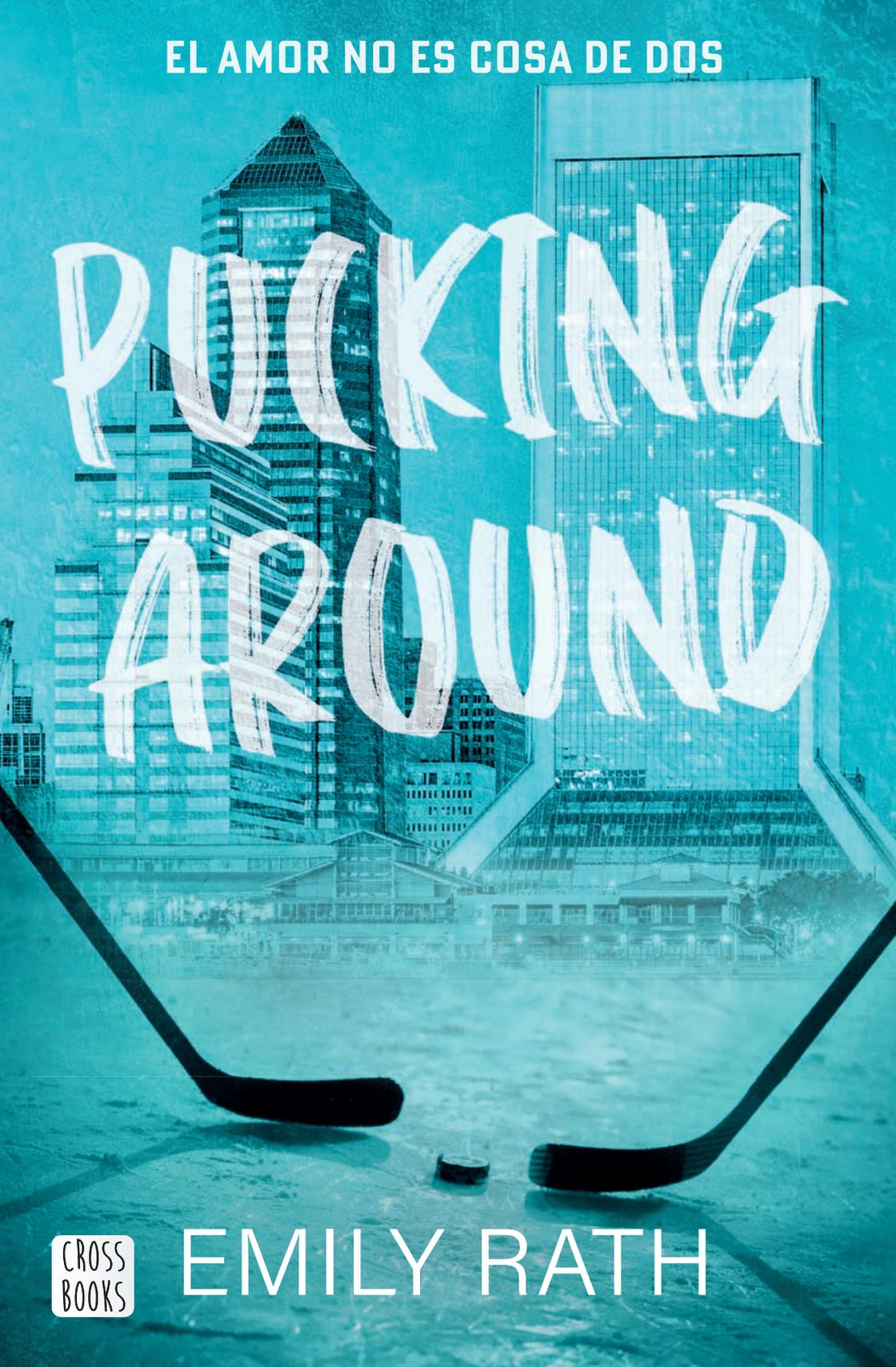


EL AMOR NO ES COSA DE DOS

PUCKING AROUND



CROSS
BOOKS

EMILY RATH

PUCKING
AROUND

EMILY RATH



CROSSBOOKS, 2024
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Pucking Around*
© del texto: Emily Rath Books, 2023
Publicada de acuerdo con Jabberwocky Literary Agency, Inc., a través de
International Editors & Yáñez Co' S.L.

© de la traducción: Ana Navalón, 2024
© Editorial Planeta S. A., 2024
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Canciones del interior:

Pág. 288: *Beggin'* © Emi Longitude Music, Seasons Four Music, Pw
Ballads, Songs Of Universal Inc., 2017. Creada por Bob Gaudio / Peggy
Farina e interpretada por Måneskin

Primera edición: marzo de 2024
ISBN: 978-84-08-28490-1
Depósito legal: B. 2.915-2024
Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados de forma sosteni-
ble y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el
ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras
y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar
o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de
la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Capítulo 1

Rachel

—¡Rachel!

Gruño, no estoy preparada para abrir los ojos y enfrentarme a la verdad.

Es por la mañana. Otra vez. Y, oficialmente, voy a matar a Tess, mi compañera de habitación... En cuanto recuerde cómo funcionan los párpados. ¿Por qué dejé que me convenciera para salir anoche?

«Porque tienes veintisiete años y estás soltera, tía. ¡Vive la vida!». Puedo escuchar su voz resonándome en la cabeza junto con el firme pum, pum, pum de la música dance de anoche.

Estoy bastante segura de que anoche bebimos. ¿Qué otra cosa podría explicar por qué siento que tengo la boca pegada con Superglue al paladar? Oh, Dios... Creo que me voy a poner enferma. Estoy demasiado vieja para estas cosas. Ya no me recupero como cuando tenía dieciocho años. Solo hay una solución: no volveré a beber en la vida. Ni a bailar. Ni ir a más bares. Asumamos que esto ha sido mi jubilación de la vida nocturna.

—¡Ra-chel! ¡Tía, levántate!

Me giro para ponerme bocarriba y entorno los ojos cuando miro las aspas del ventilador de techo que giran muy despacio. Creo que me he dormido con las lentillas puestas. Me pican muchísimo los ojos.

«Haz una lista, Rach. Haz un plan».

Ese ha sido mi mantra durante los dos últimos meses en los que he intentado volver a montar las piezas de mi vida hecha añicos.

«Una ducha caliente, un café bien fuerte, quizás unas gotas para los ojos...».

—¡Rach!

Tess corre por el pasillo y se detiene en el quicio de mi puerta, los salvajes rizos rojos le caen por los hombros. Es un pibón de la talla veinte con un cuerpo perfecto en forma de pera. Como siempre, solo lleva un crop top y las bragas, y un ramillete de pecas color melocotón le salpican el pecho. La tía suelta la ropa por el piso igual que un husky suelta pelo.

Aunque no es que me importe. Soy la hija de una estrella del rock superfamosa. Nací en California y me crié en el autobús de la gira, he visto cosas muy salvajes durante toda mi vida. Una Tess desnuda no me molesta ni lo más mínimo.

—Tía, ¿no oyes que te estoy? —Se lleva la mano a la cadera y me tira el móvil a la cama—. Alguien lleva llamándote unos treinta minutos.

Lo busco a ciegas sin ni siquiera girar la cabeza.

—¿Quién es?

—No lo sé. Un número de Nueva York, creo. Y había una llamada perdida del doctor H.

Me incorporo de repente y trago saliva en cuanto siento que una ola de náuseas se apodera de mí.

—¡Madre mía, Tess! —Cojo el móvil—. ¿Mi jefe está llamando y tú dejas que siga sonando?

—Eh, ya tengo a mi propio jefe soplándome en la nuca, muchas gracias —dice resoplando—. Tú te encargas de tu gilipollas arrogante y yo me encargo del mío.

Se echa el pelo por detrás del hombro mientras se gira. Sus atrevidas bragas muestran su pecoso trasero mientras se aleja.

Entorno los ojos, sé que no tiene mala intención. Tess solo está siendo sobreprotectora porque nunca le ha gustado el doctor Halla. No le gusta cómo me microgestiona ni su actitud fría y distante. Supongo que a mí nunca me ha importado. No puede evitar ser europeo.

Me paso una mano por el pelo alborotado y compruebo los mensajes mientras espero que mi cerebro entre en calor. Seis mensajes y una llamada perdida de mi hermano mellizo y su marido. Estoy bastante segura de que Somchai ha vuelto a Seattle, así que eso quiere decir que es pronto para él.

HARRISON (08:01): Estoy en Nueva York por un programa de cocina. ¿Quieres venir el sábado a la grabación?

HARRISON (08:04): ¿¿Estás *emoticono de calavera*??

HARRISON (08:05): Llamada perdida

Sonrío mientras sacudo la cabeza. Solo un mellizo podría darme exactamente tres minutos para responder a una pregunta antes de que en su mente ya esté en pleno *rigor mortis*.

HARRISON (08:07): Hola *emoticono ojos*

SOM (08:12): Tía, más te vale estar muerta porque tu estúpido hermano me ha despertado a las cinco de la mañana. Llámalo.

SOM (08:14): Por favor, no estés muerta de verdad.

HARRISON (08:20): Le he escrito a Tess y dice que estás de resaca, no *emoticono de la calavera* Ya me dices lo del sábado.

Ahora me estoy riendo. Estos dos son demasiado. Mi hermano y su marido son estrellas al alza en el mundo culinario. Al parecer, a Harrison le habían pedido que fuera juez invitado en un nuevo programa de cocina. Siempre se ha sentido más cómodo que yo usando el nombre y los contactos de nuestro padre famoso. No me sorprendería que lo llevara a rastras a la grabación.

Lo cual significa que, si voy, me sentaría a la sombra de papá cuando las cámaras no puedan evitar volverse hacia él para sacarle un primer plano. Luego tendría que pasar por tres semanas de molestias cuando la prensa se acuerde de que existo.

«No, gracias».

Escribo una respuesta rápida en nuestro grupo.

RACHEL (08:31): No estoy muerta. No puedo ir porque tengo trabajo. Pero buena suerte
emoticono dando un beso

El resplandor de los focos es literalmente lo último que necesito ahora mismo porque hace dos meses el cohete de mi carrera profesional se estrelló. Estaba en Seattle por la boda de Harrison cuando me enteré de que había perdido la beca Barkley. La mayor beca de medicina deportiva de la industria, empareja a médicos y fisioterapeutas que inician su carrera con equipos deportivos profesionales. Los tres últimos residentes del doctor Halla que la pidieron la consiguieron. Cuando terminaron sus rotaciones de diez meses, a todos les ofrecieron puestos permanentes.

Se suponía que yo iba a ser la afortunada número cuatro. El doctor Halla estaba tan seguro de que iba a ganar que empezó a entrevistar en secreto a mi sustituto en el programa de residencias. Tuve que volverme a rastras de Seattle con el rabo entre las piernas y rogarle que no adjudicara mi plaza enseñada. Se mostró amable al respecto e indignado, lo cual era justo, y juró que nunca volvería a recomendar a un médico a esa farsa de programa.

Así que ahí es donde he estado los dos últimos meses, de vuelta en Cincinnati, pasando por los días como si no me importaran. Cuando no estoy cumpliendo con las horas de mi residencia en la clínica de cadera y rodilla, estoy entrenando o escondiéndome... hasta que Tess se harta y me saca a rastras.

Puede que mi terapeuta esté preparada para recetarme Prozac, pero Tess tiene en mente un tipo de terapia completamente diferente. Terapia con pollas. Desde que volví de

Seattle, su misión consiste en que yo eche un polvo. Cree que una noche salvaje con un tío me curará el bajón. Pero solo de pensar en tocar a otro tío hace que me encoja de vergüenza.

Me quedo rígida, el móvil se me tambalea en la mano.

Otro tío. Dios, soy un desastre. Como si ya tuviera un tío y el señor Polvo Aleatorio fuera a ser el otro. No tengo un tío. Ni nada que se le parezca. Pero, eh, una chica puede soñar, ¿no?

En mi caso, mis sueños están llenos de un solo tío. El tío. Mi Chico Misterioso. No le he hablado a nadie de él. Ni siquiera a Tess. Lo conocí la última noche que estuve en Seattle. Fue el mejor rollo de una noche de mi vida. Nunca me he sentido tan en sintonía con otra alma humana. Pero para mí no podía ser nada más. Una noche perfecta. Sin nombres. Sin números. Me desperté por la mañana, recogí mis cosas en silencio y lo dejé desnudo en mi cama, era una imagen sacada de mis propios sueños.

Me arrepiento de no haberle dicho mi nombre. Me pidió que me quedara. Me deseaba como yo lo deseaba... lo deseo a él.

Gruño y me llevo de nuevo la mano al pelo alborotado. Ahora mismo no puedo pensar en el Chico Misterioso. Tengo que encargarme del doctor Halla.

DOCTOR HALLA (08:08): Price, llámame en cuanto puedas

DOCTOR HALLA (08:15): Llamada perdida

Respiro hondo, levanto el móvil y le doy al botoncito verde de llamada. Suena tres veces antes de que lo coja.

—Doctor Halla, lo siento, no he visto su llamada...

—Price, ¿estás aquí? Ven a mi oficina —dice con esa elegante voz que tiene un ligero acento.

—Yo... no, señor. Según mi horario, no tengo que ir hasta esta tarde.

—Maldición. Bueno, no quería hacer esto por teléfono...

Hago un repaso rápido. La ducha no es negociable. Y tengo que meterme algo de comida en el estómago. Y café. Mu-chísimo café.

—Umm... Puedo estar ahí en treinta minutos...

—No. No quiero hacerle esperar a esta gente.

«¿Esta gente?» ¿Por qué de repente me siento nerviosa?

—Señor, ¿qué...?

—La has conseguido.

La mente me da vueltas como un par de engranajes oxidados mientras intento averiguar qué significa eso.

—Yo... ¿qué?

—La beca Barkley. La has conseguido —repite. Su forma de decirlo es tan impávida que no estoy segura de qué responder. ¿Está de coña? Porque no es divertido—. ¿Price? ¿Me has escuchado?

—Sí. —El corazón me va a mil por hora—. No lo entiendo...

—Acabo de hablar por teléfono con el doctor Ahmed del comité de selección de la Fundación —me explica—. Al parecer, eras la primera en la lista de espera.

—Madre mía. —Salto de la cama, las piernas me tiemblan, y observo mi habitación sin saber qué hacer.

—Parece ser que uno de los becarios tuvo la genial idea de ir a hacer rafting en aguas bravas y la balsa se le dio la vuelta —continúa el doctor Halla—. Se ha roto la tibia y se ha dislocado el hombro, así que está fuera.

—Madre mía —jadeo mientras camino de la cama a la ventana—. Entonces, ¿qué...?

—Significa que tú estás dentro —responde cortándome para ir directo al grano—. El doctor Ahmed me ha llamado como un favor. Sabe que eres mi residente. Solo quería asegurarse de que aceptarías de verdad. Le he dicho que sí. Espero no haberme adelantado —añade enseguida.

—No, señor, yo... —Apenas me salen las palabras para decir nada. Esto no puede estar pasando.

—Todavía quieres aceptarla, ¿verdad?

—Por supuesto —casi le grito al teléfono—. Es... esto es lo último que me esperaba. ¿No han empezado ya las becas?

—Acaban de empezar esta semana —responde—. Esa es la otra razón por la que me ha llamado. Por lo general, los becarios tienen voz sobre su puesto. Si bien no sobre el equipo en concreto, al menos sí sobre género y deporte. Pero tú tienes

que estar dispuesta a cubrir la plaza del otro becario. Así que ya está decidido y es demasiado tarde para cambiarlo.

Por extraño que parezca, la falta total de control en este tema me resulta emocionante. Me siento como si fuera a tirarme en paracaídas.

—Sí —respondo—. Lo haré. Sea lo que sea, me apunto.

Ahora estoy sonriendo.

—Excelente —responde—. Tu función será más de fisioterapeuta que de atención primaria, pero les intriga que tengas formación en ambas. El doctor Ahmed quería corroborarlo conmigo para asegurarse de que tu experiencia en la clínica se traducirá bien. Le he dicho que eres la candidata perfecta.

Se me calienta el corazón.

—Gracias, señor. Muchísimas gracias por su apoyo...

—No hay que darlas —dice de manera brusca. No es muy fan de la efusividad. Uno de los residentes lo abrazó en la fiesta de Navidad del año pasado y pensé que se iba a convertir en piedra—. Creo que el doctor Ahmed ya ha intentado contactarte esta mañana. Llámalo y acepta la beca de manera formal. Y no te preocupes por tu turno de esta noche —añade—. Informaré a Wendy de la situación.

—Gracias, señor —balbuceo otra vez.

—Es una gran oportunidad, Price. Me alegro por ti. A lo mejor me puedes conseguir entradas para algún partido de la temporada.

Registro sus palabras y dejo de andar de un lado para otro. La beca ha empezado esta semana. Lo que significa que tengo que dejar mi trabajo, empaquetar mi vida y mudarme. ¡Y ni siquiera sé a dónde me mudo!

—Espere... ¿qué equipo es? —grito—. ¿Qué deporte? ¿Qué ciudad? ¿Se lo ha dicho?

—Sí —responde—. Tu beca será con los Rays de Jacksonville.

La cabeza me da vueltas. Jacksonville. La costa atlántica de Florida, hasta ahí llego. Pero no sé nada de los Rays. Los Jaguars son el equipo de la NFL de... ¿a lo mejor baloncesto? Dios, si esto es una prueba para ver si encajo en el programa, la estoy fallando estrepitosamente.

—Nunca he oído hablar de los Rays —admito.

Suelta una risilla.

—Bueno, es imposible. Los Rays son el nuevo equipo de expansión de la NHL, la liga nacional de hockey. Creo que ni siquiera han terminado el nuevo estadio.

Casi chillo de emoción, lo cual no es nada profesional, pero no me importa.

Hockey. Es uno de los deportes más rudos y propenso a las lesiones. Son tíos que juegan con cuchillas atadas a los pies, literalmente. Hay muchísimos huesos rotos. Muchísimas heridas de hombros, caderas y rodillas. Luxaciones. Ingles sacadas. Es un sueño hecho realidad. Y un equipo nuevo significa equipamiento nuevo, instalaciones nuevas y fans obsesionados.

—Señor... —chillo, soy incapaz de pensar en otras palabras.

Vuelve a soltar una risilla.

—Diviértete, Price. Te lo has ganado.

Entonces me cuelga.

Me quedó ahí parada con el móvil en la mano, completamente muda. He conseguido la beca Barkley.

Tess vuelve a asomar la cabeza en mi habitación, lleva un zumo verde en la mano.

—¿Has hablado con el doctor H? ¿Qué...? Tía, ¿a qué viene esa sonrisa? ¿Qué ha pasado?

Me echo a reír y las lágrimas me inundan los ojos. Se aparta del marco de la puerta.

—Tía, ¿qué...?

—Me mudo a Jacksonville —suelto.

—¿Qué...? ¿Cuándo?

Me seco una lágrima por debajo del ojo y sacudo la cabeza, sigo sin creérmelo y estoy flipando.

—Lo antes posible.